

Luces y sombras de la geografía aplicada

José Antonio Segrelles Serrano

Universidad de Alicante. Departamento
de Geografía Humana Alicante. España

Resumen

En el artículo se reflexiona de forma crítica acerca de la reciente generalización de la idea que considera la geografía aplicada y la profesionalización de esta ciencia como un camino idóneo para conseguir el reconocimiento social de la disciplina y, por consiguiente, un mejor futuro laboral para el alumnado. Es indispensable que la geografía tenga utilidad práctica y sea capaz de resolver problemas, pero esto no significa que pueda reducirse a un saber utilitarista y pragmático que olvide la formación teórica, el ejercicio de la crítica y una aproximación real y comprometida con las clases sociales más desfavorecidas.

Palabras clave: geografía aplicada, geografía crítica, sociedad, enseñanza geográfica.

Resum. Llums i ombres de la geografia aplicada

L'article reflexiona críticament sobre la recent generalització de la idea que considera la geografia aplicada, i la professionalització d'aquesta ciència, com un camí idoni per aconseguir el reconeixement social de la disciplina i, per tant, un millor futur laboral per a l'alumnat. És indispensable que la geografia tinga utilitat pràctica i que siga capaç de resoldre problemes, però això no significa que puga reduir-se a un saber utilitarista i pragmàtic que oblide la formació teòrica, l'exercici de la crítica i una aproximació real i compromesa amb les classes socials més desfavorides.

Paraules clau: geografia aplicada, geografia crítica, societat i ensenyament geogràfic.

Résumé. Lumières et ombres de la géographie appliquée

Dans l'article l'on réfléchit d'une façon critique sur la récente généralisation de l'idée que considère la géographie appliquée et le professionnalisme de cette science comme un chemin apte pour avoir la reconnaissance sociale de la discipline et par conséquent un meilleur avenir laboral pour les élèves. Il est indispensable que la géographie ait une utilité pratique et soit capable de résoudre des problèmes mais cela ne signifie pas qu'elle puisse se réduire à une connaissance utilitariste et pragmatique oubliant la formation théorique, la pratique de la critique et le rapprochement réel et engagé avec les classes sociales les plus défavorisées.

Mots clé: géographie appliquée, géographie critique, société, enseignement géographique.

Abstract. Highlights and shadows of applied geography

The paper is a critical review of the recently widespread notion that applied geography and its professional usage are on the right track towards gaining recognition of this science and, therefore, brighter prospects for our students. It is true that geography must have a practical application and must be able to solve problems, but this does not mean that it may be regarded as a mere utilitarian, pragmatic knowledge, disregarding a theoretical background, the exercise of criticism and a realistic, committed approach to the less favoured social classes.

Key words: applied geography, critical geography, society, teaching geography

A modo de introducción

Aunque en esta aportación se intente reflexionar sobre las tendencias y desarrollo recientes de la geografía aplicada en España, no resulta fácil sustraerse a la justicia de mencionar el seminario Geografías Dissidents: Reflexions sobre la pràctica actual de la geografía, organizado por la Càtedra de Geografia i Pensament Territorial de la Universitat de Girona y la Societat

Catalana de Geografía, para el que en principio fue escrito el artículo, pues el sugerente y provocador título de dicho seminario constituye un punto de partida inevitable y un excelente marco conceptual para situar estas reflexiones acerca de la geografía aplicada.

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua ofrece dos acepciones para el término DISIDENCIA: 1.- Separación de la común doctrina, creencia o conducta y 2.- Grave desacuerdo de opiniones, aunque ambas pueden considerarse complementarias si las aplicamos a la geografía, y más concretamente a la geografía española, sobre todo en la medida en que nuestra ciencia suele desarrollarse en el marco colectivo y jerarquizado de la universidad o de centros de investigación asimilables. La experiencia se encarga de demostrar que las discrepancias respecto a las ideas, métodos, teorías y conceptos aceptados comúnmente por la comunidad científica geográfica conduce de forma indefectible a la existencia de opiniones y comportamientos encontrados, al mismo tiempo que las divergencias de opinión acerca de lo que es, para qué sirve, a quién debería servir y a quién beneficia de hecho la investigación geográfica desembocan casi siempre en un alejamiento del paradigma dominante por parte de los refractarios y en su consiguiente aislamiento y exclusión.

En este punto, por simple derivación lógica, es obligatorio formularse dos preguntas básicas: ¿cuál es el paradigma dominante o la doctrina que en la actualidad impera en la geografía española?, o planteado de otro modo, ¿qué conjunto de teorías, metodologías y enfoques es el comúnmente aceptado por la mayoría de los geógrafos españoles y cuya inobservancia constituye un motivo de disidencia? Desde mi punto de vista existen actualmente dos formas claras y mayoritarias de pensar y hacer geografía en España, aunque en el fondo sean la misma cosa y en apariencia se encuentren alejadas en el tiempo y parezcan perseguir objetivos diferentes. Se trata, en definitiva, de la vigencia, a veces enmascarada o modernizada, de los postulados posibilistas de la escuela regional francesa y de la reciente efervescencia de la aplicación práctica del saber geográfico.

No faltarán colegas que estén en desacuerdo con esta reflexión porque en el imaginario colectivo predomina la idea de que la geografía actual es plural, polifacética y fruto de una larga evolución gnoseológica y de profundas trans-

formaciones que la han enriquecido desde el punto de vista de los enfoques, metodologías y conceptos utilizados (García Ballesteros, 1986). Incluso es aceptada casi de forma general la idea de que existen tantas geografías como cultivadores de esta ciencia, apoyándose para ello en la veracidad de la coexistencia de enfoques marxistas, anarquistas y liberales dentro de las corrientes geográficas radicales, en la participación de tendencias fenomenológicas y existencialistas en el seno de la geografía humanista e incluso en la aparición de puntos de contacto entre la vertiente fenomenológica de la geografía humanista y el marxismo o entre el humanismo y el posibilismo regional.

A este respecto, y de forma casi mecánica, viene a la mente el libro de A. D. Makárov, A. V. Vóstrikov y E. N. Chesnokov, publicado en la ya lejana fecha de 1963, donde se señala que el número interminable de nombres que abunda en la literatura filosófica contemporánea (determinismo, positivismo, posibilismo, neopositivismo, conductismo, humanismo, existencialismo) no es en modo alguno testimonio de un florecimiento filosófico, pues todas estas corrientes, por sus raíces epistemológicas, no son más que variedades enmascaradas del idealismo. De este modo, según los autores mencionados, sólo existirían en la práctica dos líneas de pensamiento filosófico claras y antagónicas: el idealismo y el materialismo dialéctico. Para ellos incluso existen concepciones filosóficas con un marcado carácter ecléctico en las que se mezclan elementos de sistemas idealistas anteriores, hecho que como se ha mencionado arriba ha sido frecuente en la ciencia geográfica.

Asimismo, la aplicación de la lógica matemática, la utilización de modelos, la profundidad de la abstracción científica, el amplio uso de símbolos, la elevación de la percepción a la categoría científica o la exaltación del individuo como núcleo de conocimiento y experiencia sólo han enriquecido aparentemente a la geografía, pues lo cierto es que casi siempre han contribuido a vaciarla de contenido y a un progresivo alejamiento de la realidad por parte del pensamiento geográfico. En esta línea resulta muy significativo el texto de V. I. Lenin *Materialismo y Empiriocriticismo*, analizado por A. Sternín (1989), para comprender la relación existente entre la sociedad, el medio o naturaleza, la experiencia, el conocimiento y la realidad de objetos y fenómenos, así como sus críticas hacia la forma en que las personas conciben esta realidad.

Por lo tanto, que en España haya habido y haya en la actualidad geógrafos posibilistas, neopositivistas, conductistas o humanistas, trabajando por lo general como entes aislados, no significa que podamos referirnos a la existencia de geografías esencialmente diferentes dados sus puntos de contacto idealistas, ni siquiera a la presencia de escuelas o grupos cohesionados y duraderos que cultiven estos enfoques. En la geografía española nunca hubo un abandono del idealismo en su faceta posibilista heredada de la escuela regional francesa, si bien con la incorporación de nuevos elementos teóricos y prácticos que en ocasiones han derivado hacia enfoques que pasan por ser distintos.

Por todo ello, es fácil deducir que la geografía marxista, crítica o radical es la única que puede ser considerada disidente en el panorama geográfico español debido a su base dialéctica, pero sobre todo cuando se comprueba la condescendencia generalizada que se muestra hacia los enfoques posibilista, neopositivista, fenomenológico o humanista, incluso por parte de investigadores que no los cultivan, y la marginación, omisión, ironía o desprecio con los que muchas veces se habla del materialismo dialéctico aplicado a la geografía (Segrelles, 1999). Sin embargo, para ser exactos tampoco se puede esgrimir la existencia de una geografía crítica disidente, dada la ausencia de una escuela geográfica marxista en España, sino más bien de individuos, bastante aislados por cierto, que ejercen un pensamiento crítico y, por lo tanto, disiden de lo que es comúnmente aceptado por la mayoría de la comunidad geográfica del país.

Centrándonos ya en el tema principal abordado en este artículo, otra cuestión importante, que desde hace algunos años está impregnando la conciencia colectiva de la geografía española, es el desarrollo y expansión de la faceta aplicada de nuestra ciencia, proceso en el que muchos intentan ver la panacea que resolverá el complicado futuro laboral de los jóvenes licenciados, así como el escaso prestigio social y los diversos problemas que enfrenta la disciplina. En este caso, la disidencia no estriba en reivindicar o ejercer la aplicación práctica del saber geográfico, sino en las críticas que debe suscitar esta actividad productiva que resuelve cuestiones a corto plazo, que se superpone a los todavía supervivientes enfoques posibilistas, cuyas raíces filosóficas están en el idealismo, y que no manifiesta preocupación alguna por saber quién utiliza y con qué fines los resultados de la investigación y a quié-

nes beneficia en última instancia el fruto de sus esfuerzos.

En conclusión, la auténtica disidencia, a cuya práctica nos invita explícitamente H. Capel (1998), se encuentra en aquellos geógrafos que, como señalaba G. Wettstein (1989), no son dogmáticos ni estáticos, tampoco elitistas o jerárquicos, proyectan hacia el exterior su propia síntesis moral y creativa acerca del mundo tal cual es, nutren su aprendizaje permanente inspirándose en la realidad cambiante que los rodea, buscan formas de comunicación con la gente común, saben escuchar y no temen expresar su opinión, no consideran la vida como una lucha económica solamente, no estereotipan a las personas, no valoran sobre todas las cosas el consenso general y la disciplina, e incluso adaptan e inventan periódicamente nuevas y audaces formas para definir mejor sus propias identidades.

Todo ello debe desembocar indefectiblemente, aunque el paradigma dominante vaya en otra dirección, en el ejercicio de una geografía crítica y en la búsqueda de una disciplina útil que persiga la justicia social y no esté al servicio del poder. Por lo tanto, este artículo debe entenderse como una reflexión crítica acerca de las luces y sombras que la geografía aplicada proyecta sobre el desarrollo de nuestra disciplina como ciencia y como herramienta de integración con la sociedad.

La insuficiencia social de la geografía y su aplicación como panacea

Para ningún colega deben ser desconocidos los serios problemas por los que atraviesa actualmente la geografía en sus vertientes académica y científico-investigadora, tanto en España como en la mayoría de los países del mundo. Se trata, por lo tanto, de problemas universales, no circunscritos a un solo lugar, que colocan a la geografía en una situación de crisis que amenaza su propia supervivencia como ciencia y como materia docente a todos los niveles. La progresiva pérdida de identidad de nuestra disciplina en la sociedad y el escaso valor que se le concede por parte de las instituciones académicas en la enseñanza primaria, secundaria y universitaria fueron conclusiones recurrentes de muchos ponentes de varios países latinoamericanos en el 8º Encuentro de Geógrafos de América Latina celebrado en Santiago de Chile en marzo de 2001.

En Estados Unidos esta situación ha desembocado incluso en la desaparición de la especialidad de geografía en varias universidades prestigiosas, como Harvard y Chicago (Capel, 1998). Por si esto fuera poco, durante la última década del siglo XX no sólo se ha teorizado sobre el «fin de la historia» (Fukuyama, 1992), sino que algunos autores también lo han hecho, de forma errónea a mi modo de ver, sobre el «fin de la geografía» (Virilio, 1997), apoyándose para ello en la supuesta desterritorialización del mundo como consecuencia del desarrollo de las nuevas tecnologías aplicadas a las telecomunicaciones.

En el caso de la geografía española esta situación crítica multiplica sus efectos negativos por la existencia de un terreno abonado durante décadas, que se concreta ante todo en la preeminencia de los postulados posibilistas vidalianos y en la escasa influencia de los enfoques que después de la Segunda Guerra Mundial se desarrollaron con eficacia en otros países del mundo. Varios geógrafos españoles (Capel, 1976; Estébanez, 1982; Troitiño, 1984; García Ramón, Nogué y Albet, 1992; De Castro, 1993; Segrelles, 2001) han expuesto de forma clara muchos de los problemas que restan influencia social a nuestra disciplina, a saber: deficiente formación matemática, ausencia de pensamiento abstracto, escasa formación en teoría social y teoría económica en la investigación y en la docencia, excesiva influencia de la escuela regional francesa, aversión del franquismo hacia los planificadores de izquierdas (a los de derechas los aceptó, utilizó e hizo medrar), desmesurado peso de la geografía docente, reciente aparición de los estudios geográficos especializados, entre otros.

En cualquier caso, todo ello supone una escasa proyección social para la geografía española que no se corresponde con el evidente crecimiento cuantitativo (departamentos, profesores, asignaturas, alumnos, revistas especializadas, publicaciones, tesis doctorales, proyectos de investigación subvencionados) de la vertiente académica de la disciplina durante las últimas décadas. Sin embargo, no resulta exagerado afirmar que todavía en la actualidad muchas personas piensan que la geografía se reduce a la mera enunciación memorística de los accidentes físicos, la localización de los diversos países del mundo y el relatorio de las producciones de los mismos. Es decir, la larga tradición científica y la rica evolución epistemológica de nuestra ciencia no

han bastado para superar la ignorancia generalizada que la sociedad muestra respecto a la labor propia de la geografía. Asimismo, esta disciplina, alguna vez llamada «madre de las ciencias» (Instituto del Tercer Mundo, 2001), ha perdido identidad social, cediendo espacio, objetivos y gran parte de sus campos de estudio ante el desarrollo científico y eficaz evolución teórico-conceptual de otras ciencias relativamente nuevas, como la economía, la sociología o la demografía.

Como ha señalado A. Luis (1980), la relevancia de una ciencia no viene dada por lo que piensen de ella los científicos que la cultivan, sino por lo que opinen la sociedad y los miembros de las demás disciplinas. Por lo tanto, el orgullo, la autocomplacencia y el optimismo desmedido acerca del crecimiento cuantitativo de la geografía conducen a un peligroso alejamiento del núcleo del problema, no sólo por lo que respecta a la necesaria consciencia de las principales dificultades actuales de la geografía, sino también por lo que se refiere a las medidas imprescindibles que se deben tomar para solucionarlas.

Cada vez son más numerosos los investigadores que piensan y difunden que la solución para evitar la progresiva languidez y el escaso aprecio social de la geografía pasa por el crecimiento de su aplicación práctica y por la profesionalización de la disciplina. Así aparece perfectamente reflejado en el reciente informe *Geografía XXI*, auspiciado por la Asociación de Geógrafos Españoles (AGE), o en la exposición de motivos que figura en el Boletín Oficial del Estado (nº 107, miércoles, 5 de mayo de 1999) donde se recoge la creación del Colegio Profesional de Geógrafos (Ley 16/1999, de 4 de mayo).

No obstante, es necesario plantear una serie de matices al respecto, ya que de forma tradicional los caminos de la geografía aplicada y de la geografía académica en España han sido divergentes, sobre todo tras la Guerra Civil. Durante las primeras décadas del siglo XX hubo un grupo de geógrafos (P. Vila, J. Vicens Vives, G. de Reparaz, J. Díaz de Villegas, M. Santaló, L. Martín) que desarrollaron con acierto y dedicación los aspectos prácticos de una disciplina que también estaba presente en las enseñanzas medias y en las Escuelas de Comercio, Escuelas de Magisterio y Facultades Universitarias. El nuevo régimen surgido después de la victoria rebelde en 1939 supuso la

desintegración de esta forma de cultivar la geografía, pero no sólo debido al exilio y a las depuraciones personales, sino también a la estrategia diseñada desde el poder encaminada hacia la despolitización, asepsia e inocuidad de nuestra ciencia. Para ello se fomenta, como es sabido, la vertiente académica de la geografía mediante el refuerzo de su enseñanza en los niveles primario y secundario y de su institucionalización en la universidad. La geografía se convierte así en un instrumento ideológico eficaz para difundir un sentimiento patriótico de identidad nacional similar al que previamente se había desarrollado en otros países europeos, tanto en la Italia y Alemania fascistas como en las democracias burguesas de Gran Bretaña y Francia.

Sin embargo, como recuerda H. Capel (1976), pese al apoyo explícito prestado a la geografía académica y el celo mostrado por los científicos adictos al régimen para preservar la «pureza» de la disciplina en la universidad, la dictadura franquista también se sirvió, sobre todo desde mediados de la década de los años sesenta con la llegada al poder de los llamados «ministros tecnócratas» vinculados al Opus Dei, de varios geógrafos que ejercieron tareas de planificación para llevar a cabo los conocidos Planes de Desarrollo. En cualquier caso, la geografía de la etapa franquista y la que se cultivaba en las décadas previas a la Guerra Civil han sido estudiadas con rigor por muchos geógrafos españoles (Capel, 1976; Estébanez, 1982; Gómez, Muñoz y Ortega, 1982; Vilá, 1990; García Ramón, Nogué y Albet, 1992; De Castro, 1993; Benabent y Mateu, 1996).

Según indican M. D. García Ramón, J. Nogué y A. Albet (1992), a partir del año 1978, fecha en la que se promulga una nueva Constitución en España y se instaura el denominado Estado de las Autonomías, tiene lugar la culminación, y en ciertos aspectos la regresión, del proceso de institucionalización universitaria de la geografía, lo que coincide con la progresiva importancia que comienza a adquirir su práctica profesional y los estudios aplicados, pues la nueva situación administrativa y el ingreso de España en las Comunidades Europeas en 1986 propician un marco político adecuado y campos de acción distintos a los meramente docentes para la aplicación del saber geográfico. En la opinión de estos autores por fin comienza a producirse el necesario equilibrio entre la institucionalización académica y la práctica profesional de la geografía.

Desde hace algunos años no es fácil encontrar críticas o un discurso que no apoye incondicionalmente el crecimiento de la geografía profesional, presentado muchas veces como la panacea que resolverá todos los males que padece la ciencia geográfica en la actualidad, fundamentalmente aquellos que tienen que ver con su implantación social. Tanta unanimidad ya tendría que constituir un buen motivo para ejercitar el escepticismo y la reflexión crítica, cuanto menos en la universidad, institución en la que el debate debería ser mucho más frecuente e intenso. Es más, las actitudes críticas deberían constituir una obligación para todo científico, intelectual o docente. Sin embargo, la defensa a ultranza de la geografía aplicada, en ocasiones sin matices de ningún tipo, aparece como una idea dominante y se presenta como un «pensamiento correcto» que procede del sentido común, acusando a los que manifiestan alguna objeción, a los disidentes, con los calificativos más variopintos, incluso haciendo recaer sobre las conciencias, aunque sin éxito, la carga de ser los potenciales «destructores» de la geografía.

Los escasos textos en los que se han abordado de forma más o menos prolija las cuestiones de la aplicación práctica de la geografía y de su ejercicio profesional actual (Oliva, 1984; Troitiño, 1984; López Palomeque et al, 1986; Cabo et al, 1992; García Ramón, Nogué y Albet, 1992) se muestran en general menos críticos y más superficiales que cuando se analiza la geografía cultivada durante la dictadura franquista o en los años anteriores a la Guerra Civil. Muchas de las aportaciones se limitan a exponer las causas del reciente desarrollo de la geografía aplicada y a corroborar el crecimiento de la práctica profesional, aunque sin ir mucho más allá.

Es cierto que en algunos de estos trabajos se encuentran críticas, planteamientos de problemas y propuestas de mejora para la geografía, a saber: deficiente formación teórica, escaso dominio de los recursos instrumentales, falta de renovación conceptual, competencia y presión de otros colectivos profesionales más poderosos, desconfianza por parte del poder político, anquilosamiento de los departamentos universitarios, escasa coordinación entre asignaturas teóricas y prácticas y entre distintas áreas de conocimiento, dispersión investigadora, necesidad de redefinir los nuevos planes de estudios, entre otras cuestiones. Pero también es verdad que no se perciben críticas fundamentales que apunten hacia las razones profundas que desatan

la exaltación práctica que vive la geografía española durante los últimos años. Tampoco se detectan ni mucho menos propuestas encaminadas al logro de una auténtica integración de nuestra ciencia con la sociedad, ni siquiera el ejercicio sincero de una autocrítica que asuma la parte de responsabilidad que tenemos nosotros mismos en la situación actual de la disciplina y que proporcione los elementos necesarios para dilucidar las consecuencias sociales de este hecho, pues la necesaria aproximación entre la geografía y la sociedad, que sirve de argumento justificador a muchos de los que defienden sin ambages la geografía aplicada, se está desvirtuando por completo y actúa en sentido opuesto al que se pretende y publicita.

Si aceptamos la aseveración de K. Marx y F. Engels (1985) cuando a mediados del siglo XIX decían en su Manifiesto del Partido Comunista que las ideas dominantes en la sociedad de cualquier época han sido siempre las ideas de la clase dominante, es lógico deducir entonces que la decisión de potenciar la geografía aplicada y la profesionalización de la disciplina no proviene totalmente de los propios investigadores, sino que en gran medida viene impuesta por el poder a través de los condicionantes económicos, sociales, culturales y políticos actuales, que crean las condiciones necesarias para su hipotética demanda y desarrollo, aunque de forma eufemística hablemos de las exigencias del mercado laboral, de la inevitable evolución de la ciencia geográfica, de la obligación de responder a las necesidades de la sociedad o de la existencia de nuevos campos de acción que se abren tras el fin de la dictadura y en los que se reclama la actividad tanto de los profesionales como de los universitarios y universitarias que aplican sus conocimientos. Por lo tanto, es fácil, pero erróneo, asociar las ideas de democracia, libertad socio-política y descentralización administrativa con el desarrollo de la geografía aplicada y profesional, y en consecuencia descalificar, por trasnochada y retrógrada, la anterior afirmación de Marx y Engels, o por lo menos negar su relación con la aplicación práctica del saber geográfico.

En este sentido, es una realidad comprobada (Lacoste, 1976) que la geografía siempre estuvo al servicio del poder desde sus orígenes científicos en tanto que saber político, económico y militar de primer orden, lo que se llevó hasta extremos insuperables, aunque enmascarados, a partir de su institucionalización académica, convirtiéndose así en una disciplina aséptica,

inocua, ineficaz, idealista, demasiado literaria, poco comprometida y ocultadora, consciente o inconscientemente, de los verdaderos procesos sociales y económicos que tienen lugar en el territorio, es decir, al poder se le puede servir por acción o por omisión. La renuncia de la geografía a su vertiente estratégica y develadora de esos procesos socio-económicos espaciales implica de hecho una pretensión clara de congraciarse con el poder, no molestando, no implicándose con la sociedad, falseando la realidad.

No obstante, en este caso más que de la geografía deberíamos hablar de las personas que la desarrollan, ya que los artífices de su institucionalización académica, en connivencia con los gobiernos, ejercen un férreo control sobre el desarrollo de la disciplina y sobre el futuro laboral de sus discípulos (Capel, 1976). Aparte de actuar conforme a los dictados de la propia ideología, esta actitud no es desinteresada, pues a cambio reciben privilegios, prebendas, parcelas de poder, ventajas profesionales y posibilidad de controlar la evolución y destino de nuestra ciencia. De ahí que C. Carreras (2000) no hable de la existencia de escuelas en la geografía española, sino de familias, que han defendido sus intereses corporativos y laborales, y en gran medida lo siguen haciendo, aun a costa de frenar el desarrollo de la disciplina, de desarraigarla de la sociedad y de menoscabar su consolidación científica.

En cualquier caso, la geografía contrajo una enorme hipoteca al no haber tenido lugar en España esa revolución cuantitativa que proporcionó nuevos esquemas, técnicas, conceptos y métodos a los investigadores de otras latitudes (Bosque, Rodríguez y Santos, 1983) o una difusión generalizada y amplia de otros enfoques (comportamentales, fenomenológicos, marxistas, existencialistas, humanistas), aunque de hecho haya una minoría de geógrafos que los cultiven. De este modo, ahora se encuentra, una vez depurada y desprovista de cualquier metodología crítica, con una situación en la que ese mismo poder la margina y prescinde de ella por ser ineficaz para sus fines, escasamente técnica, poco profesionalizada e inútil para la obtención de beneficios. Tal vez las perspectivas hoy en día serían otras si la geografía hubiese sido más crítica, si no hubiera marginado su compromiso con la sociedad, si hubiera estado más abierta a otras influencias, si se hubiera dotado de un armazón teórico-conceptual más eficaz. Son bien conocidas en este sentido las frecuentes llamadas de atención por parte de algunos maestros ante el

«peligro» que para nuestra geografía suponía la llegada de nuevos conceptos y métodos de análisis, tal como indicó en su día H. Capel (1976).

Sin embargo, en la actualidad se intenta consumir etapas a toda velocidad sin ir al fondo de la cuestión, propalando las excelencias de la geografía aplicada y la necesidad imperiosa de su consolidación profesional, pero el alejamiento de la sociedad y la relación sumisa e interesada con el poder, todavía vigente, constituyen elementos que ya no son cuestionados por nadie.

En un trabajo ya publicado en la revista electrónica *Scripta Nova* (Segrelles, 1998 b), y cuyas conclusiones han sido fundamentales para realizar este artículo, se decía que las serias limitaciones de la geografía aplicada durante el franquismo y su menoscabo frente a la consolidación y auge de la geografía académica, así como su crecimiento a partir del año 1978, constituyen dos caras de una misma moneda, pues en realidad ha cambiado la forma mientras que el fondo sigue siendo idéntico y permanece prácticamente intacto. Tanto en épocas anteriores como en la actualidad la geografía aplicada suele servir a unos mismos intereses que se asimilan a los de los dueños del capital. Antes estaba claro a quién servía la aplicación práctica del saber geográfico, toda vez que la ideología de los escasos geógrafos planificadores y la existencia de un gobierno dictatorial no dejaba lugar a demasiadas dudas, pero hoy en día la situación no ha cambiado de manera sensible pese a la apariencia de libertad y democracia. En realidad ya no importa que existan geógrafos profesionales, que el personal universitario participe cada vez más en tareas de planificación, que los investigadores hayan adquirido una formación más adecuada y dispongan de medios instrumentales óptimos o que abunden los estudios de ordenación del territorio y de gestión de los recursos, siempre y cuando el control permanezca en las mismas manos, la ciencia se oriente según las necesidades y conveniencias de las clases que detentan el poder económico-financiero del país y se consolide un mecanismo mucho más eficaz que la censura: la autocensura.

Estas estrategias han sido tradicionalmente una de las prioridades del poder, pero es durante la última década cuando afloran de forma manifiesta. La caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética han tenido como consecuencia inmediata la emergencia de Estados Unidos como única potencia mundial, la victoria del neoliberalismo y la expansión de conceptos

como globalización, librecambio, mercado, competitividad, concurrencia, privatización o desregulación, lo que configura un discurso unificado con tal poder de penetración en las mentes que ahoga cualquier intento de reflexión libre y rechaza todo razonamiento u opinión que no se ajuste a la doctrina imperante. Esta concepción neoliberal del mundo impregna de su tiranía económica a la ciencia y al conjunto de la sociedad y, por lo tanto, cada vez abundan más los científicos adormecidos por la profusión de ideas que bloquean toda capacidad de respuesta u oposición. No faltan, asimismo, intelectuales que colaboran de forma activa y venden su autoridad de pensamiento para conseguir el tipo de sociedad pretendido por los grupos de poder, los cuales no dudan en ignorar o marginar a todo aquel cuyas aspiraciones sean distintas a las del *homo economicus*.

Asimismo, en este punto no puedo evitar la tentación de incluir algunas frases muy significativas de la escritora Almudena Grandes, vertidas en su elocuente artículo «Pavlov nunca va a la huelga» (*El País Semanal*, nº 1.286, Madrid, 20 de mayo de 2001, p. 118)), a propósito de la transición política española pero de perfecta aplicación al caso que nos ocupa: «... aquí no se formula jamás ninguna clase de pensamiento radical, y todos bailamos el decoroso minué de la tolerancia mientras nos guardamos para nosotros mismos las verdades que no conviene decir en voz alta, en un país donde la libertad de expresión está limitada por el rígido corsé de una corrección política que siempre es, y será, de derechas». Sobran más palabras al respecto, aunque no la reflexión ni el debate acerca de estas ideas.

La geografía, así como la universidad, que es donde se desarrolla la mayor parte de la actividad geográfica, ni son ni actúan como entes aislados, al margen de las tendencias generales, sino que reflejan de modo fiel las actuales orientaciones globales de tipo cultural, social, político y económico. Esta es la ideología neoliberal subyacente que hermana a la geografía tradicional, regionalista, descriptiva, inocua y despolitizada, con la geografía aplicada, muchas veces pragmática, productivista y utilitarista, que lucha por hacerse ver, situarse y participar en el nuevo mercado.

Una prueba de este hermanamiento ideológico la proporciona el Laboratório de Geografia Política e Planejamento Territorial e Ambiental del Departamento de Geografia de la Universidade de São Paulo cuando habla de la

absurda e irreal fragmentación del espacio que se realiza en los estudios geográficos (Laboplan, 2000). En efecto, a la tradicional compartimentación territorial del posibilismo geográfico de la escuela regional francesa, presente hoy en día en muchos departamentos universitarios, se une la fragmentación espacial que lleva a cabo la geografía práctica, pues los poderes públicos y la iniciativa privada suelen potenciar, mediante una financiación selectiva o una oferta discriminatoria de contratos, las investigaciones aplicadas de relevancia económica y política, o lo que es lo mismo, las más acordes con sus intereses. Pocas veces se considera el territorio como un TODO interrelacionado e interdependiente. De ahí que el Laboplan (2000) insista en la conveniencia de considerar y utilizar el concepto de territorio usado, es decir, aquel que se constituye como un todo complejo donde se teje una trama de relaciones complementarias, conflictivas, mutuamente dependientes y en continuo movimiento. Milton Santos (1979) considera que la cuestión crucial de la geografía consiste precisamente en dar respuesta a cómo y por qué se dan las relaciones entre la sociedad como actor y el territorio como producto, y al contrario, entre el territorio como actor y la sociedad como objeto de la acción. Sólo así se conseguirá un enfoque totalizador que permita una intervención favorable para la mayor parte de la población.

Para ello, el dominio del materialismo dialéctico (Politzer, 1985) proporcionaría un instrumento de primera magnitud para superar la típica división del territorio en departamentos-estancos y el estudio aislado, y muchas veces asocial, de los fenómenos geográficos.

La geografía aplicada y la enseñanza geográfica

Esta fragmentación del espacio a la que se ha aludido arriba se acentúa con el paso del tiempo y afecta incluso a la enseñanza de la geografía, pues puede suceder, y así se está reivindicando desde las más diversas instancias, que la pretensión de atender las exigencias de formar profesionales para el mercado de trabajo conduzca a privilegiar ciertas materias de más fácil aplicación práctica en detrimento de los conocimientos básicos y del saber integral.

Baste señalar al respecto el revelador artículo de G. de Sélys (1998) en el que recoge las preocupantes conclusiones de un reciente informe elaborado

por la todopoderosa patronal de las industrias europeas más importantes (ERT). Tras reconocer de forma explícita el carácter vital que la educación y la formación tienen en el éxito de las empresas, dicha asociación se lamenta de la todavía escasa influencia que la industria ejerce sobre los programas docentes y los planes de estudios, pues el profesorado, según la ERT, tienen una comprensión precaria del mundo económico, de los negocios y de la noción de beneficio. Por ello animan al trabajo conjunto de los centros de enseñanza y la industria para desarrollar los programas educativos, pero siempre con el objetivo de que haya una adecuación óptima entre la formación y las necesidades de la industria. Por supuesto, la enseñanza pública se limitaría a la formación de los estudiantes que nunca llegarán a ser un mercado rentable.

¿Y qué es todo esto sino lo que se defiende, tal vez inconscientemente, en muchos foros geográficos donde se aboga por la necesaria adecuación de los planes de estudio a las exigencias de la profesionalización de la disciplina y del mercado laboral? Estas reivindicaciones han arraigado con fuerza incluso entre los propios alumnos, pues los procesos socio-económicos, políticos y culturales globales de los últimos tiempos crean un ambiente propicio para que los estudiantes vean en la aplicación práctica de la geografía un horizonte de esperanza ante un futuro laboral incierto y tradicionalmente poco generoso con los geógrafos. También abundan, por su parte, los profesores y profesoras que estimulan esta creencia al fomentar la idea de que la geografía aplicada, es decir, el desempeño profesional del geógrafo o la aplicación práctica del saber geográfico que llevan a cabo los propios docentes universitarios, será el remedio eficaz para solventar los problemas y desprestigio social de nuestra ciencia.

Es comprensible, aunque no aceptable si eso significa tergiversar la realidad, que exista un instinto de supervivencia y que muchos profesores intenten «vender» el producto que ofrecen, pues es necesario que todos los años haya un número suficiente de alumnos matriculados que justifique inversiones, gastos, infraestructuras y plantillas docentes e investigadoras. Esto resulta especialmente visible en algunos centros universitarios donde la demanda de estudios geográficos no suele ser en general muy elevada, ya que el futuro estudiante opta con preferencia por cursar disciplinas con mayores posibilidades laborales. A todo ello se suma otro problema esencial: la mayoría de

los alumnos universitarios de geografía no eligen estos estudios como primera opción, sino que lo hacen una vez que han sido rechazados, debido a sus insuficientes calificaciones previas del bachillerato y de las pruebas de acceso a la universidad, en otros centros, generalmente de orientación científico-técnica. Se puede decir que estos estudiantes, como alguien los denominó en alguna ocasión, conforman un tipo de alumnado «residual», hecho que constituye un auténtico secreto a voces entre el profesorado por la notoria falta de preparación y motivación.

En el contexto actual, la mayoría de los alumnos desprecian la teoría, los fundamentos esenciales de la disciplina, su evolución gnoseológica y la investigación básica, mientras que por el contrario magnifican la vertiente aplicada y práctica de la geografía. Así, es cada vez más frecuente encontrar estudiantes que en las clases demandan «recetas», estrategias concretas y precisas o fórmulas cerradas que les permitan ordenar el territorio, evaluar los recursos de un área determinada, gestionar el medio, planificar los espacios rurales y urbanos o informar sobre el desarrollo local, desoyendo sistemáticamente cualquier consejo o indicación que pretenda subvertir estas tendencias. Incluso pueden llegar a predisponerse contra aquellos docentes que intenten exponer un discurso distinto al aceptado por la mayoría, es decir, un discurso disidente.

En este punto no se puede dejar de mencionar la opinión de la autora brasileña N. N. Pontuschka (2000), estudiosa crítica de la didáctica geográfica, cuando manifiesta que la tarea de los enseñantes de geografía debería consistir ante todo en educar a los estudiantes para que no se dejen engañar por unos medios de comunicación de masas y por unos sistemas educativos que inculcan de manera eficaz falsedades disfrazadas de realidad, ya que la enseñanza cumple una función socio-política concreta al responder a los intereses de las clases sociales dominantes. No cabe esperar, por consiguiente, que el fenómeno globalizador y el auge del neoliberalismo permitan el encuentro de la geografía con enfoques integradores y dialécticos o una reflexión crítica acerca de la verdadera dimensión e influencia del saber geográfico aplicado.

Por otro lado, resulta llamativo y contradictorio el encumbramiento actual de la geografía práctica cuando nuestra disciplina todavía no ha sido capaz

de formular una teoría geográfica. Este extremo es complicado por la propia aleatoriedad y dispersión de los objetos de estudio que interesan a la geografía, pero no parece que sea del todo imposible si tenemos en cuenta lo que han logrado las ciencias económicas en dicho campo. En cualquier caso, es un dislate clamar por la aplicación de los saberes geográficos y la profesionalización del geógrafo sin haber consolidado la ineludible fase previa de toda práctica: la teoría. A. Reynaud (1976) hablaba incluso de la impotencia teórica de la geografía hasta para poner en práctica la tan ensalzada síntesis geográfica defendida por los regionalistas.

El debate entre los científicos que defienden la geografía teórica, los que abogan por la geografía aplicada y los que intentan conciliar ambos propósitos es antiguo (George, 1967; Gregor, 1973; Lacoste, 1976) y no tiene mayor sentido, dados los ríos de tinta vertidos, exponer ahora las diversas posturas existentes. Sin embargo, conviene precisar que pese a la oposición desconsiderada de muchos colegas, que asocian sin grandes disquisiciones el hecho de reprobar cierto tipo de geografía aplicada con el cultivo de una geografía crítica o con una ideología de izquierdas, es de sobra conocido que en la filosofía marxista teoría y praxis son conceptos íntima e indisolublemente ligados, constituyendo cada uno de ellos la esencia y la razón de ser del otro. La inclusión de la práctica en la teoría del conocimiento es un gran mérito científico de los clásicos del marxismo (Marx, 1968; Engels, 1980). También Y. Lacoste (1976) señaló que es indispensable que la geografía tenga una utilidad práctica para que no se quede solo en un discurso ideológico y que resulta inevitable que los geógrafos tengan relaciones con el poder, pero estas relaciones no tienen que ser necesariamente serviles, sino que sería muy saludable que fueran contradictorias e incluso antagónicas en algunos casos. Por su parte, M. Philipponneau (2001), adalid de la geografía aplicada, deja bien claro en su último libro que es absolutamente necesario que la aplicación práctica de la geografía se sustente sobre un sólido basamento teórico.

En definitiva, la geografía aplicada es necesaria para el desarrollo de nuestra disciplina, como así se demuestra en las opiniones arriba citadas, pero en ningún caso debería constituir un fin en sí misma ni el único punto de referencia geográfico para profesores y alumnos. Los planes de estudios de geografía hoy en vigor (Real Decreto 1497/1987, de 27 de noviembre, modificado

por el Real Decreto 1267/1994, de 10 de junio) incorporaron en su día varias materias encaminadas a la aplicación (SIG, estadística, teledetección, cartografía automática), aunque fueron y siguen siendo incapaces de cubrir las palmarias deficiencias en teoría social que hasta el momento presente ha exhibido la geografía española, según señalan M. D. García Ramón y J. Nogué (1992).

A este respecto, H. Capel (1998) indica que la geografía debe seguir estudiándose porque ya existe y es una ciencia con una larga y rica tradición intelectual, porque es una disciplina con un gran valor educativo y formativo y porque hay problemas que los profesionales formados en este campo pueden ayudar a estudiar y resolver. La última razón esgrimida sobre la conveniencia y necesidad de seguir estudiando nuestra ciencia tiene que ver con la aplicación práctica del conocimiento geográfico, es decir, el estudio y resolución de problemas. Rápidamente surgen algunas preguntas elementales, como por ejemplo ¿de qué problemas hablamos? o ¿problemas de quién o de quiénes?, que el mismo autor responde de forma indirecta al afirmar que los geógrafos pueden contribuir a resolver importantes problemas del mundo actual. Pero, ¿cómo se detectan esos problemas?, ¿qué criterios se siguen para identificarlos?, ¿quién los selecciona y jerarquiza?, ¿cómo se estudian?.

Asimismo, H. Capel (1998) señala que la geografía debe prestar atención a la formación de profesionales que sean capaces de decir algo significativo sobre las interacciones entre fenómenos del mundo natural y entre éstos y la sociedad, lo que invita a preguntarnos de nuevo: ¿con qué metodologías y con qué enfoques se puede llegar a comprender y explicar esas interacciones? En cualquier caso, resulta evidente que para responder a todas estas cuestiones se necesita algo más que una serie de técnicas o instrumentos más o menos modernos o que la simple voluntad de fomentar la geografía aplicada como la entiende hoy en día gran parte del personal investigador.

Tanto para identificar problemas como para aprehender las interacciones que se producen en el territorio sería fundamental no sólo adquirir una sólida formación teórico-social, sino también potenciar el debate, los contactos con otras disciplinas y con colegas de otras latitudes y los razonamientos críticos, pues la preparación de profesionales de la geografía no tiene por qué hacerse pensando exclusivamente en su futura labor en las empresas o en la Adminis-

tración, tal como se percibe en la mayoría de informes elaborados en los últimos tiempos o en muchos estudios que defienden la necesidad actual y venidera de impulsar la geografía aplicada.

Estas carencias deberían preocupar más de lo que lo hacen a los elaboradores de informes y al colectivo geográfico en general para arbitrar las medidas pertinentes para su corrección. Lo mismo cabe apuntar de la inexplicable ausencia de la geografía económica en la licenciatura de geografía de alguna universidad del país, materia fundamental si deseamos que nuestros conocimientos se apliquen. Idénticos planteamientos cabría hacerse respecto a la falta injustificable de por lo menos una introducción al derecho, y tal vez a las ciencias políticas, en los planes de estudios de geografía. Asimismo, también resulta difícil de entender la inexistencia de una formación matemática solvente tanto en los investigadores actuales como en el alumnado, pues es difícil comprender cómo se puede ordenar, planificar, evaluar, gestionar o proyectar sin el dominio de esta ciencia. Permítaseme al respecto la digresión de mencionar el caso de la Facultad de Geografía de la Universidad de La Habana, donde los estudiantes deben cursar durante su licenciatura varios semestres de matemáticas (192 horas), estadística (132 horas), física (132 horas), química (64 horas), informática (64 horas), SIG (64 horas) e inglés (256 horas). Algo similar ocurre en la Universidad de la República (Montevideo), cuyos alumnos de geografía afrontan a lo largo de sus estudios universitarios dos cursos completos de matemáticas, uno de física y química, uno de estadística y uno de economía.

Pretender el fomento de la geografía aplicada y orientar los estudios geográficos hacia la formación de futuros profesionales no tiene demasiado sentido si antes no existe un deseo claro de solucionar las tradicionales deficiencias que lastran el desarrollo científico de la disciplina y su identidad social. Ya no se trata sólo de superar de una vez por todas el posibilismo y el espíritu regional que todavía perviven en muchos departamentos universitarios, aspecto denunciado, junto con el conservadurismo del cuerpo docente, por los propios estudiantes de geografía en 1978 (Peña y Sanguín, 1984), sino también que el profesorado sea capaz de asumir y transmitir valores diferentes a los que imperan en la actualidad, como la iniciativa intelectual, la curiosidad científica, las actitudes críticas, la autocrítica, la independencia, la disidencia,

el escepticismo, la implicación con la sociedad en la que se vive y trabaja, el compromiso ante la realidad socio-económica, cultural, ambiental y política del entorno inmediato y del mundo, la solidaridad con los que más necesitan de nuestros conocimientos y el trabajo compartido, así como la utilización de enfoques más explicativos y capaces de desentrañar las relaciones profundas que se producen en el espacio (Segrelles, 1998 a). Todo consistiría, en definitiva, en trasladar a las aulas universitarias, donde se forman los futuros docentes, investigadores o profesionales de la geografía, los conceptos y métodos propios de la geografía crítica que R. Ascón (1990) propone para la enseñanza secundaria.

Conclusión

Para muchos colegas, acostumbrados a la obediencia sumisa y al acatamiento de las normas establecidas por sus maestros (después vendrán los premios), es motivo de desprecio cualquier actitud libre e independiente que se atreva a cuestionar lo comúnmente aceptado. Pésimo futuro tiene ante sí la geografía si éstos son sus paladines. Hoy en día constituye casi una doctrina, que en ocasiones puede alcanzar el nivel de dogma, considerar la geografía aplicada como la vía que conducirá a nuestra ciencia hacia un futuro prometedor, solucionando sus problemas tradicionales de desprestigio social y de oscuro porvenir laboral para los jóvenes licenciados. Cuestionar estas ideas, y a veces sólo matizarlas, hace arreciar los dictérios más enconados por parte de muchos de los defensores de esta vertiente aplicada de la geografía, sobre todo cuando se manifiesta preocupación por el mercadeo en el que se incurre y por la dependencia en la que caen los profesionales e investigadores de la universidad que ejercen esta actividad respecto a los individuos e instituciones que encargan los proyectos mediante contratos, según señalaba Y. Lacoste (1976), ejemplo claro de aplicación práctica del saber geográfico, pero con objetivos diferentes a los habituales y resultados también distintos a los que se persiguen normalmente.

Al hilo de estas cuestiones me permito incluir una simple vivencia personal a título ilustrativo. Durante una reciente estancia científica (agosto de 2000) en el Departamento de Geografía de la Universidade Estadual Paulista (Estado de

São Paulo, Brasil) tuve la oportunidad de conocer a un joven investigador formado en geografía física, y además muy crítico y avezado en el materialismo dialéctico, que estaba estudiando en su tesis doctoral el relieve de una zona concreta del Estado de São Paulo. Ante mi ingenua pregunta acerca de cómo se podía combinar el marxismo con el relieve, muy serio respondió que lo que a él le interesaba era comprender y explicar quién se apropiaba del relieve, cómo se producía esa apropiación y con qué fines. Es evidente que si resulta posible plantearse estas cuestiones fundamentales en una tesis doctoral de geografía física, con más razón habría que considerarlas cuando se habla de la geografía aplicada, de la profesionalización del geógrafo o de la adecuación de los planes de estudios a la demanda del mercado laboral.

No debería ser necesario insistir en que la geografía aplicada es neutra y que todo depende del uso que se haga de ella y de quiénes sean los beneficiarios de los resultados de la investigación. Es decir, las críticas no son hacia la geografía aplicada en sí misma, pues es indispensable que la geografía tenga una aplicación práctica y sea capaz de resolver problemas para conseguir mayor proyección social y el respeto de los demás científicos, sino hacia la exaltación sin fisuras que está viviendo este tipo de geografía y a su utilización como pantalla que esconde carencias mucho más graves y otras realidades que no por silenciadas son menos determinantes para la disciplina. Ya se ha expuesto en los apartados precedentes del artículo la incoherencia que supone la reivindicación de una geografía aplicada dinámica y preeminente mientras en los departamentos universitarios de geografía sigan predominando los postulados posibilistas de la escuela regional francesa y brillen por su ausencia los conocimientos económicos y jurídicos o una sólida formación matemática capaz de desarrollar con rigor y garantías de éxito esa aplicación práctica de los conocimientos geográficos. Asimismo, es una contradicción palmaria pretender una mayor aproximación a la sociedad mediante el ejercicio profesional de la geografía y no subsanar la deficiente formación existente en teoría social o no fomentar la crítica y el debate, primero en nuestras aulas y después a través de las investigaciones realizadas.

La geografía aplicada suele desarrollarse en tres horizontes de actividad: las consultoras privadas, el trabajo en los distintos niveles de la Administración y la aplicación de conocimientos geográficos que ejercen los departa-

mentos universitarios mediante subvenciones o contratos de diverso signo. Dado que los dos primeros tienen todavía una presencia muy modesta en la sociedad, pese a su relativo crecimiento, es obvio que la mayor parte de la geografía aplicada que se realiza en la actualidad está concentrada en los centros universitarios. Por consiguiente, no hace falta insistir en que el impacto más acusado sobre la sociedad por parte de las investigaciones realizadas procede de la universidad, institución que por sus orígenes y filosofía intrínseca debería cuestionarse continuamente muchos aspectos de su actividad como fase ineludible del proceso científico.

Tampoco la geografía puede caer en una simple mentalidad utilitarista, pragmática y economicista, ya que nuestra ciencia, esencialmente social y humana, no debe perder jamás la perspectiva del hombre y de los colectivos sociales, así como el hecho de que sus investigaciones estén al servicio del conjunto de los ciudadanos y no sólo de unos pocos grupos privilegiados. La investigación científica y la sociedad no pueden existir de forma separada y aislada, pues representan un binomio indisoluble en el que cada elemento constituye la sustancia del otro, de forma que desde el momento en que la investigación tiene lugar en un marco social, expresa y transmite ideas y significados sociales. Cualquier acción encaminada a su segregación es proceder contra su propia naturaleza.

A este respecto, se observa que cuando actualmente se habla de potenciar la geografía aplicada y su profesionalización predomina una especie de acuerdo tácito entre los interlocutores por el que se acepta sin grandes disquisiciones que los principales destinatarios de la aplicación práctica de la geografía son las empresas o asociaciones de empresarios y la Administración, cuya relación con los centros donde se desarrolla la geografía aplicada es cada vez más intensa y fluida. Sin embargo, los contactos con la multitud de instituciones, organismos o colectivos sociales existentes son prácticamente nulos. Y eso que en su proximidad se percibirían mejor los problemas que de verdad preocupan a los ciudadanos.

Para que la investigación geográfica aplicada fuera efectiva y útil tendría que estar más atenta a las demandas de la sociedad y tejer con ella una profunda interrelación con el objeto de estructurar grandes problemas, proponer soluciones y ejercer un compromiso real que intentara resolver los

desequilibrios, injusticias y desigualdades que existen en el entorno inmediato y en el mundo. El geógrafo, según H. Capel (2001), debe estudiar y describir el mundo a partir de teorías, contribuir a su comprensión e intentar cambiarlo, pero para ello lo primero es su interpretación mediante la investigación, la docencia y la acción ciudadana, en tanto en cuanto seamos miembros activos de la sociedad.

Aun siendo consciente de la existencia de cierta hipocresía y de una discordancia clara entre las actitudes concretas de los geógrafos y de las autoridades educativas, por un lado, y las proclamaciones de normas, discursos oficiales, manifiestos e informes, por otro, una guía digna de consideración la encontramos sin duda en las propuestas contenidas en la Declaración Internacional sobre la Educación Geográfica para la Diversidad Cultural (Comisión de Educación Geográfica de la Unión Geográfica Internacional), vertidas en el XXIX Congreso de Geografía celebrado en Seúl en agosto de 2000, pues esta Declaración contiene un compromiso explícito de contribuir desde nuestra ciencia a mejorar la capacidad de la ciudadanía y a crear un mundo más justo.

De este modo, la geografía aplicada cumpliría una misión social de enorme valor si fuera capaz de centrar sus esfuerzos en una dirección distinta, desprenderse un ápice de la dependencia de los fondos económicos procedentes de las empresas y la Administración y hacer compatible su actividad profesional con la organización de contactos permanentes, sistemáticos y estables con otros colectivos sociales menos privilegiados que también tienen necesidades y cuya voz debe ser oída: grupos ecologistas, sindicatos, cooperativas, movimientos a favor de la emancipación de la mujer, asociaciones que acogen inmigrantes, colectivos de defensa de las minorías étnicas, asociaciones de vecinos, grupos que luchan contra la globalización económico-financiera del mundo o a favor de los países subdesarrollados, entre otros (Segrelles, 1998 b). Tal vez así, lentamente, con dedicación y compromiso, se conseguiría reconstruir lo que en nuestra ciencia se ha ido destruyendo durante décadas, la geografía estaría más cerca de la sociedad y ganaría el respeto que merece como disciplina científica.

Referencias

- Ascón, R. (1990). «La introducció dels conceptes de la geografia crítica a l'ensenyament secundari». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 16, p. 79-91.
- Benabent Fernández de Córdoba, M. y Mateu Llavador, X. (1996). «La geografía profesional». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 21-22, p.161-165.
- Bosque Sendra, J., Rodríguez Rodríguez, V. y Santos Preciado, J. M. (1983). «La geografía cuantitativa en la universidad y la investigación española». *Geo-Crítica*, 44, p.0-49.
- Capel Sáez, H. (1976). «La geografía española tras la Guerra Civil». *Geo-Crítica*, 1, p. 0-35.
- Capel Sáez, H. (1998). «Una geografía para el siglo XXI». *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 19, p. 0- 10.
- Capel Sáez, H. (2001). *Dibujar el mundo. Borges, la ciudad y la geografía del siglo XXI*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Carreras Verdaguer, C. (2000). «El paraíso perdido. La geografía española a partir de 1975». En A. García Ballesteros (ed.). *Lecturas Geográficas. Homenaje al profesor José Estébanez Álvarez*. Madrid: Editorial Complutense, vol. I, p. 491-500.
- De Castro Aguirre, C. (1993). «Sobre la profesión de geógrafos». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 17, p. 181-185.
- Engels, F. (1980). *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Moscú: Progreso.
- Estébanez Álvarez, J. (1982). *Tendencias y problemática actual de la geografía*. Madrid: Cincel.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.
- García Ballesteros, A. (coord.) (1986). *Teoría y práctica de la geografía*. Madrid: Alhambra.
- García Ramón, M. D. Y Nogué Font, J. (1992). «Práctica profesional e institucionalización académica de la geografía en España». En *La geografía en España (1970-1990)*. Aportación española al XXVIIº Congreso de la Unión Geográfica Internacional. Washington, p. 56-69.
- García Ramón, M. D., Nogué Font, J. y Albet Mas, A. (1992). *La práctica de la geografía en España*. Barcelona: Oikos-Tau.
- George, P. (1967). *Geografía activa*. Barcelona: Ariel.
- Gómez Mendoza, J., Muñoz Jiménez, J. y Ortega Cantero, M. (1982). *El pensamiento geográfico*. Madrid: Alianza.
- Gregor, H. F. (1973). *Geografía de la agricultura*. Barcelona: Vicens-Vives.
- INSTITUTO DEL TERCER MUNDO (2001). *Guía del Tercer Mundo. El mundo visto desde el sur, 2001-2002*. Montevideo.
- LABOPLAN (2000). «O papel ativo da geografia. Um manifesto». *XII Encontro Nacional de Geógrafos*. Florianópolis, julho.
- Lacoste, Y. (1976). *La Géographie, ça sert d'abord à faire la guerre*. Paris: Maspero.
- López Palomeque, F. et al (1986). «La enseñanza universitaria de la geografía y el empleo de los geógrafos». *Geo-Crítica*, 64, p- 0-65.
- Luis Gómez, A. (1980). «El geógrafo español, ¿aprendiz de brujo? Algunos problemas de la geografía del paisaje». *Geo-Crítica*, 25, p. 0- 44.
- Makárov, A. D., Vóstrikov, A. V. y Chesnokov, E. N. (1963). *Manual de Materialismo Dialéctico*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- Marx, K. (1968). *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marx, K. y Engels, F. (1985). *Manifiesto del Partido Comunista*. Moscú: Progreso.
- Peña, O. y Sanguín, A. L. (1984). *Nueva didáctica de la geografía*. Buenos Aires: Plus Ultra.

- Philipponneau, M. (2001). *Geografía aplicada*. Barcelona: Ariel.
- Politzer, G. (1985). *Principios elementales y fundamentales de filosofía*. Madrid: Akal.
- Pontuschka, N. N. (2000). «Geografía, representações sociais e escola pública». *Terra Livre*, 15, p. 145-154.
- Reynaud, A. (1976). «El mito de la unidad de la geografía». *Geo-Critica*, 2, p.5-8.
- Santos, M. (1979). *Por uma geografia nova*. São Paulo: Editorial Universitaria.
- Segrelles Serrano, J. A. (1998 a). «Didáctica y geografía: una interpretación teórica discordante». *IV Jornadas de Didáctica de la Geografía*. Alicante: Asociación de Geógrafos Españoles (AGE) y Universidad de Alicante, p. 259-264.
- Segrelles Serrano, J. A. (1998 b). «La geografía y los usuarios de la investigación geográfica en España». *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 30, p. 0-21.
- Segrelles Serrano, J. A. (1999). «¿Tiene sentido actualmente una geografía marxista en la universidad española?». *Revista Geográfica Venezolana*, 40 (1), p. 125-148.
- Segrelles Serrano, J. A. (2001). «Hacia una enseñanza comprometida y social de la geografía en la universidad». *Terra Livre*, 16, (en prensa).
- Sélyls, G. de (1998). «La escuela, gran mercado del siglo XXI». *Le Monde Diplomatique* (edición española), junio, p. 28-29.
- Sternín, A. (1989). Acerca del trabajo de V. I. Lenin «Materialismo y Empiriocriticismo». Moscú: Progreso.
- Troitiño Vinuesa, M. A. (1984). «La geografía española. ¿Una ciencia espacial sin especialistas en el análisis y la ordenación del territorio?». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 1, p. 47-52.
- Vilá Valentí, J. (1990). *El conocimiento geográfico de España. Geógrafos y obras geográficas*. Madrid: Síntesis.
- Virilio, P. (1997). «¿Fin de la historia o fin de la geografía? Un mundo sobre-expuesto». *Le Monde Diplomatique* (edición española), septiembre, p. 34-35.
- Wettstein, G. (1989). *Subdesarrollo y geografía*. Montevideo: Índice.

Recibido: agosto, 2005

Aceptado: junio, 2006